Todos tenemos un nombre propio; nos gusta que nos llamen por nuestro nombre, que nos reconozcan e identifiquen por él. Solo en ambientes muy familiares o de amistad consentimos diminutivos o variaciones nominales. Pero no aceptamos motes o diferentes apelativos sobre nosotros.

Me conoce y me llama por mi nombre. A lo largo de la Sagrada Escritura aparecen personajes "con nombre", con historia, identificados por lo que son, por lo que han hecho. Incluso, en algún caso, Dios les cambia el nombre, porque les cambia la misión. **Cada nombre significa algo**, tiene una traducción. (Abramos un pequeño paréntesis: verdad que recordamos los nombres de los famosos jefes de las tribus indias en las películas de "vaqueros". Y por no ser tan prosaicos, las jóvenes que, al entrar en un convento de clausura se cambian el nombre). **¡Cuán importante es sabernos conocidos por nuestro nombre!**

Pues es esa es la sensación que tienen **los que mantienen una relación con Dios. Se sienten conocidos, llamados por su nombre**. No es un conocimiento general, universal, "estándar" como la ropa lista para comprar, "prêt-a-porter" que sirve para todos, eso sí, con diferentes tallas, para que nadie se ofenda. **Los creyentes descubren que son conocidos en su singularidad**, como si no